

Caminemos alegres con Jesús



ASAMBLEA
DIOCESANA
BURGOS
2019 - 2021

El gozo de vivir como Iglesia: **CUADERNO 2**
hacer misioneras nuestras comunidades.

Material de trabajo para Grupos de Asamblea

El gozo de vivir como Iglesia: hacer misioneras nuestras comunidades

1

PARA SITUARNOS



Nuestra Asamblea Diocesana pretende una renovación desde la experiencia originaria de la fe para que nuestra Iglesia recupere un nuevo aliento misionero. Por eso en el tema primero hemos arrancado de lo que nos hace cristianos: el encuentro personal con Jesucristo, el Resucitado, el Viviente, que nos desvela el verdadero rostro personal de Dios (Padre, Hijo, Espíritu Santo) y la dignidad de todo ser humano, hijo de Dios y hermano nuestro. Desde esta base hemos de seguir a Jesús, como discípulos misioneros y como testigos del Evangelio.

Esta experiencia fundamental la celebramos en el bautismo y la vivimos no de modo individualista sino como Iglesia, como *nosotros*. Ahora nos corresponde desarrollar la dimensión eclesial de nuestra fe, de nuestra misión y de nuestro testimonio. ¿Cómo hacer que nuestra Iglesia (nosotros como Iglesia) refleje esa novedad en su modo de actuar, en sus estructuras y en sus actividades pastorales?

Debemos por ello comenzar nuestro discernimiento lanzando una ***mirada lúcida y serena a la realidad*** concreta de nuestra Iglesia, de nuestro modo de ser Iglesia para ver si responde a nuestra vocación originaria y a las necesidades de la sociedad actual. Detectaremos, sin duda,

carencias en la comunión eclesial y disminución del aliento misionero. Pero a la vez podremos constatar múltiples signos de fidelidad a la Iglesia y capacidades que no hemos desarrollado de modo suficiente. Junto a nuestras debilidades pondremos de relieve nuestras fortalezas y nuestros dones o talentos.

Para que este discernimiento sea cristiano y eclesial debemos hacerlo con una **mirada evangélica**. Para ello recuperaremos la memoria de algunas iglesias de los inicios: desde su pequeñez y con sus debilidades nos mostrarán la frescura de la conversión a una vida nueva y el gozo de un testimonio que se dirige a los cercanos y también a los lejanos.

Desde ese ejemplo podremos valorar en su sencillez y grandeza **las dimensiones fundamentales** de la Iglesia, de cada comunidad eclesial:

- a. debe edificarse desde el bautismo, contemplado en el proceso de iniciación cristiana, por lo que hemos de configurar comunidades iniciadoras y acogedoras;
- b. debe reconocer el valor de las diversas vocaciones, carismas y ministerios, dejándoles espacio para superar el clericalismo y facilitar el protagonismo de todos;
- c. la iglesia local o diócesis es el sujeto prioritario de la pastoral y de la evangelización, y en su seno deben existir en comunión grupos, comunidades y asociaciones de diverso tipo;
- d. el estilo sinodal, vivo y concreto, tiene como objetivo que la comunión se abra a la misión, a ser Iglesia en salida al encuentro con todos;
- e. la celebración litúrgica debe reflejar el gozo del Evangelio, la presencia del Resucitado, para que nos sintamos enviados al mundo, a la vida con los otros.

Desde estas convicciones y presupuestos podremos ir **abriendo caminos** para que el Evangelio y el Reino de Dios muestren su atractivo precisamente en esta cultura contemporánea.

2 DESDE LA EXPERIENCIA



Antes de nada, hemos de acoger la percepción que, respecto a nuestra iglesia local, aparece en el *Cuestionario inicial* que se ha realizado. Desde ahí vamos a reflexionar sobre las tentaciones que como evangelizadores podemos tener. Esto nos ayudará a superarlas y nos servirá para el discernimiento.

2.1. Algunas líneas de tendencia desde el *Cuestionario inicial*

Para situar mejor las respuestas del *Cuestionario inicial*, hemos de saber que, principalmente los que han respondido son personas de “Iglesia de siempre”, la mayoría de más de 45 años, en particular mujeres y casi todas practicantes o practicantes ocasionales. Bien es cierto que hubiera sido deseable conocer los puntos de vista de forma más amplia de la gente que no se siente miembro de la Iglesia, pero el cuestionario apenas ha sido respondido por este sector. Recogemos los resultados de mayor a menor.

Sobre la diócesis de Burgos, se subraya primordialmente que existen buenas relaciones entre los sacerdotes y la gente de las parroquias, que es una comunidad abierta y cercana a la gente desde la vivencia del Evangelio. También se valora positivamente, pero como realidades a mejorar, el trabajo conjunto de comunidades religiosas, colegios y parroquias y entre éstas, y la cercanía de los diversos grupos eclesiales. Las personas que han contestado *se sienten miembros de la Iglesia* sobre todo en la participación eucarística, porque son católicos de toda la vida, participando activamente en las parroquias, al tratar de vivir la fe en medio del mundo, siendo ya menos las que viven su ser iglesia como miembros de grupos, asociaciones y movimientos y desde el voluntariado a los más necesitados.

¿Qué debería hacer la Iglesia de Burgos para invitar a otros a ser creyentes? Hacer comunidades parroquiales más vivas y presentes entre la gente, acercarse a los jóvenes en sus ambientes, cuidar mucho la catequesis de niños y el campo de las familias. Junto a ello, pero es

menos señalado, estar más cercanos a las personas necesitadas, valorar y potenciar el puesto de la mujer en la Iglesia y salir más a la calle a dar testimonio.

¿Esta Asamblea puede ayudar a...? Por orden de importancia se señala: orientar mejor la misión de la Iglesia, escuchar mejor lo que las personas necesitan, estar más unidos y ser más corresponsables, estar más presentes en medio del mundo. Sin olvidar la vuelta a lo más nuclear del Evangelio, el encuentro personal con Jesucristo y dar un contenido profundo al Año Jubilar.

2.2. Las tentaciones de los evangelizadores

A la luz de lo que dice el papa Francisco en *Evangelii Gaudium* (76-101) y de lo que indica nuestro arzobispo en su *Carta Pastoral "Se puso a caminar con ellos"* señalamos algunas tentaciones que bloquean la configuración de comunidades misioneras:

- vivir la evangelización como un apéndice, sin convicción ni pasión;
- sentir cierto complejo de inferioridad ante nuestra sociedad y cultura;
- actuar de modo individualista, como si no existiera Dios ni los otros ni los pobres;
- un estilo de iniciación cristiana que no contribuye a la personalización de la fe;
- la falta de una espiritualidad que impregne nuestras actividades, apoyándonos sólo en nuestra propias fuerzas;
- multiplicar las acciones, muchas veces irrealizables, sin asumir la paciencia y el esfuerzo de los procesos;
- el pesimismo que hace perder la ilusión del compromiso comunitario;
- buscar la ostentación, la influencia o la defensa de lo propio en lugar de integrarse en la tarea común, provocando inútiles "guerras internas";
- resistencia para afrontar los cambios pastorales que requiere la despoblación y la movilidad de la gente, los cambios sociales y religiosos;

- no se da una presencia adulta y activa de los laicos en la vida de la Iglesia;
- ausencia de los jóvenes en nuestros ámbitos eclesiales;
- mantenimiento o recuperación del clericalismo;
- querer ser comunidades misioneras desde el poder y la riqueza renunciando al valor evangélico de lo pequeño y lo pobre;
- renunciar a la formación para dar razón de nuestra fe;
- el desdibujamiento de la presencia cristiana en el espacio público.

Sin embargo, junto a estas dificultades o tentaciones, no debemos olvidar que contamos con una presencia relevante en el campo de la caridad y de la atención a los desfavorecidos, con cercanía a amplios sectores de la población, con un rico patrimonio, con amplias manifestaciones de piedad popular, presencia en el mundo de la enseñanza, la entrega de muchos sacerdotes, religiosos/as y agentes de pastoral...

► **Preguntas para el diálogo:**

- 1) **¿Se refleja adecuadamente nuestra iglesia de Burgos en las respuestas del *Cuestionario inicial*?**
- 2) **¿Cuáles son las tentaciones que más se dan entre nosotros? ¿Cómo se expresan?**
- 3) **¿Existen potencialidades que podríamos desarrollar mejor?**

3

LA MIRADA EVANGÉLICA



La admiración por la persona de Jesús, su llamada y su mirada de amor buscan una respuesta consciente y libre desde lo más profundo del corazón del discípulo. Ahora bien, el llamamiento que Jesús realiza desde el encuentro conlleva una gran novedad: no somos nosotros quienes le hemos elegido a él sino que Cristo nos ha elegido a nosotros. Jesús eligió a sus primeros discípulos para *«que estuvieran con él y enviarlos a predicar»* (Mc 3,14).

3.1. Jesús llama y envía en comunidad

Ya desde su ministerio público Jesús llamó a los Doce como grupo y creó una comunidad de discípulos junto a él con estas características: confianza en el Padre, referencia a Jesús, disposición a compartir su destino, creación de una comunidad de iguales, actitud de servicio, evitar la búsqueda de poder o de los primeros puestos, renuncia a todo tipo de violencia, desprendimiento...

Tras la resurrección, al convocar de nuevo a los suyos para que le sigan, les da un encargo muy preciso: anunciar la buena noticia del Evangelio a todas las naciones (cf. Mt 28, 19; Lc 24, 46-48). Por esto, todo discípulo es misionero, pues el Señor lo hace partícipe de su misión, al mismo tiempo que lo vincula a él como amigo y hermano. Jesús es testigo de la salvación del Padre y sus discípulos han de ser, por el Espíritu Santo, testigos de la Pascua hasta que él vuelva.

3.2. El anuncio del Evangelio genera comunidad

Pablo, “el primer evangelizador”, descubre la novedad y la alegría de la salvación en el encuentro con Cristo muerto y resucitado tras su conversión en el camino hacia Damasco (Hch 9; 22 y 26). Para él, el Evangelio no es un escrito ni una simple doctrina; se trata, ante todo, de un encuentro con Dios vivo que transforma a las personas y a la historia misma: *«no me avergüenzo del Evangelio, que es poder de Dios para la salvación de todo el que cree»* (Rom 1, 16).

Cuando Pablo proclama el Evangelio no sólo convierte a personas individuales sino que va fundando comunidades, que equivalen a lo que hoy llamaríamos iglesia diocesana, siempre en comunión con otras iglesias. Todas forman un solo cuerpo (1 Cor 12, 13.20.27) cuya cabeza es Cristo (Col 1,18), pues es Cristo el que amó a la Iglesia y se entregó por ella (Ef 5, 25.32). Comunidades que cuidan los sentimientos y afectos, la cercanía, lo distinto, lo que está fuera...

Es significativo que el apóstol hiciera corresponsables de la misión del Señor a más de un centenar de colaboradores, resaltando la labor de un buen grupo de mujeres con un papel preponderante. Y siempre invitándolos al gozo de la fe: *«Así pues, hermanos míos queridos y añorados, mi alegría y mi corona, manteneos así, en el Señor... Alegraos siempre en el Señor, os lo repito, alegraos»* (Fil 4, 1.4).

La primera carta a los Tesalonicenses, el documento más antiguo del Nuevo Testamento, nos ofrece una imagen fresca de una iglesia que nace (iluminada por Hch 17, 1-13 y 2 Cor 8, 1-6). En una sociedad cosmopolita y multicultural surge, por la valiente acción de Pablo, una comunidad libre y abierta: integra a personas de diversas clases sociales y procedencia étnica, que se convierten al Dios único y verdadero, y que llevan una vida íntegra y honesta. Se reúnen en una casa particular, para celebrar la liturgia, escuchar la Palabra. Viven la fraternidad, con relaciones afectivas que llevan a compartir los bienes. Van generando ministerios en función de las necesidades.

En un ambiente hostil se diferencian de “los de fuera”, pero manifestándoles siempre un amor sincero. Desde su pobreza muestran una generosidad desbordante. De este modo realizan un testimonio misionero en el entorno inmediato, mantienen la comunión con otras iglesias, se comprometen en el trabajo misionero del apóstol Pablo. Éste les recuerda que deben seguir madurando y profundizando en la fe.

3.3. La vida y el funcionamiento de aquellas iglesias

El libro de los Hechos nos ofrece ejemplos significativos. Son muy claros los “sumarios”, tan conocidos y repetidos: Hch 2, 44-47; 4, 32-37. Ahí descubrimos unas actitudes básicas y fundamentales: daban testimonio de la resurrección del Señor, poseían todo en común, vivían unidos porque tenían un solo corazón, cultivaban la sencillez de corazón, la

alegría y las buenas relaciones con los demás. Su vida se centraba en escuchar la enseñanza de los apóstoles, celebrar la fracción del pan por las casas (eucaristía), compartir sus bienes entre los pobres y alabar asiduamente a Dios.

Resulta paradigmático, por lo que nos puede ayudar en este proceso de Asamblea Diocesana y de cara a ir edificando nuestra iglesia de Burgos, lo que se nos narra en Hch 13, 1-3:

«En la Iglesia que estaba en Antioquía había profetas y maestros: Bernabé, Simeón, llamado Níger; Lucio, el de Cirene; Manahén, hermano de leche del tetrarca Herodes, y Saulo. Un día que estaban celebrando el culto al Señor y ayunaban, dijo el Espíritu Santo: ‘apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra que les he llamado’. Entonces, después de ayunar y orar, les impusieron las manos y los enviaron».

Para comprender adecuadamente este pasaje es conveniente destacar algunos elementos que deben servir de criterio para toda asamblea eclesial según nos ha recordado D. Fidel, nuestro arzobispo, en su *Carta Pastoral “Se puso a caminar con ellos”*:

- *Toda la comunidad se encontraba reunida, con sus ministros;*
- *el objetivo de la asamblea era discernir cómo era el proceso evangelizador que había surgido de Jerusalén y que había dado origen a aquella Iglesia;*
- *se encontraban reunidos en un contexto litúrgico, porque todo discernimiento eclesial se realiza en presencia del Señor que los convoca;*
- *aparece con fuerza el protagonismo del Espíritu Santo, fuerza y aliento de la misión; ese mismo Espíritu es el que otorga el carisma correspondiente a Bernabé y a Pablo para que sirvan al proyecto evangelizador;*
- *en la asamblea llegan a tomar decisiones comunes y compartidas: deben como Iglesia servir a la misión;*
- *les imponen todos las manos como signo de que la tarea evangelizadora que van a emprender la realizan en nombre de toda la comunidad;*
- *la salida misionera es la que hace confluir la aportación de todos, la que da solidez y conciencia eclesial y por tanto la que rejuvenece a la Iglesia con proyectos siempre nuevos.*

► **Preguntas para el diálogo:**

1) **¿Dónde vemos reflejado este modo de vida comunitario en nuestras parroquias y asociaciones?**

2) **¿Qué es lo que deberíamos aprender de la vida de esas iglesias que sea más fundamental hoy?**

3.4. Edificando una Iglesia de bautizados

Estamos convocados a vivir nuestra fe en la Iglesia, en la asamblea eclesial de los hijos de Dios. Este don se nos concede como regalo divino en la medida en que acogemos su invitación y respondemos libremente: el ser familia de Dios hace posible que vivamos desde el gozo del Evangelio.

En la medida en que otros comprueban en la vida diaria que vivimos un estilo diferente a las ofertas de salvación que el mundo nos ofrece y les resulta atractivo, algunos podrán sentirse interpelados, interrogados, atraídos: ¿por qué vivís y actuáis de este modo?

La iniciación cristiana

El proceso de incorporación a la Iglesia se denomina “iniciación cristiana”, en referencia al gran sacramento de la nueva creación: bautismo, confirmación y eucaristía. Estos tres sacramentos constituyen el fundamento del gran acontecimiento que nos incorpora a la familia de los hijos de Dios, a su Iglesia, a través de cada iglesia diocesana. En un mundo caracterizado, como veíamos en el Cuaderno 1, por la secularización, la indiferencia religiosa y el paganismo, debemos plantearnos el contexto en el que se propone el proceso de iniciación cristiana, el sentido y los resultados del mismo.

El bautismo es la incorporación a Cristo muerto y resucitado (Rom 5) y, por ello, somos hechos hijos de Dios Padre participando de su naturaleza divina (1 Pe 1, 4): «*Ved qué amor nos ha tenido el Padre para que seamos llamados hijos de Dios y lo somos*» (1 Jn 3, 1). Por eso el Espíritu da testimonio de que somos hijos para que podamos exclamar: «*Abba, Padre*» (Gál 4, 6).

Lo viejo ya pasó, el pecado ha sido borrado, pero la tendencia al egoísmo y pecado aún es una realidad y por ello, desde la vocación bautismal nos ha de conducir al continuo esfuerzo de revestirnos del hombre nuevo que ya hemos experimentado (Col 3, 5 ss.).

El bautismo ha sido designado como “la puerta de entrada en la Iglesia”. Dios no salva aisladamente, sino que siempre lo hace en y por la Iglesia. El bautismo no es solo el medio de salvación sino edificación de la Iglesia, porque así va creciendo la salvación en la historia. Y ahí es donde radica precisamente el compromiso de todos los bautizados: contribuir, como Iglesia, a que el mundo se vaya transformando en Reino de Dios, que la sociedad viva cada día más desde los valores evangélicos.

No es lo mismo bautizarse en un contexto social de cristiandad, donde se supone que todos son cristianos, que bautizarse en una sociedad postcristiana. Es claro que en este momento se ha de poner un acento mayor en los procesos previos y posteriores. Son muchos los padres que siguen solicitando el bautismo por inercia. Conviene acoger con todo el cariño de la comunidad. Y al mismo tiempo, ayudarles a hacer en su propia vida la experiencia de ser amados del Padre, de ser liberados por Jesucristo y de ser alentados por el Espíritu. Y tener el arte de insertarles en la vida comunitaria.

Al bautismo está íntimamente unida **la confirmación**, en cuanto sacramento del Espíritu. Recordemos cómo Jesús recibe el bautismo de Juan en solidaridad con la humanidad pecadora y, tras ello, inicia su vida pública: *«El Espíritu del Señor está sobre mí porque él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar...»* (Lc 4, 18). Qué duda cabe que Jesús de Nazaret ya estaba viviendo en el Espíritu desde su encarnación en la Virgen María, pero de cara a la misión, necesitaba una especial efusión para llevarlo adelante. Del mismo modo, los seguidores de Jesús vivían en la atmósfera del Espíritu Santo, pero tendrá que llegar Pentecostés para que la Iglesia comience abiertamente su misión en la historia. Cada bautizado se convierte en Templo del Espíritu Santo en el bautismo, pero tendrá que recibir una especial efusión del Espíritu en la confirmación para orientar su misión evangelizadora (en la Iglesia y en el mundo) siguiendo la lógica de Pentecostés (Hch 2).

Esta incorporación a la misión de Cristo y del Espíritu se sella de una vez para siempre en el bautismo y la confirmación, pero se renueva

cada vez que celebramos **la eucaristía**, en cuanto memorial que actualiza sacramentalmente la Pascua y Pentecostés y nos orienta a la eternidad.

Esto nos invita a procurar que los nuevos miembros de la Iglesia que se inician en la fe no sólo experimenten un sentimiento de pertenencia a una comunidad, sino que se sientan también responsables, porque **toda la comunidad “se inicia”** y va recuperando la juventud del Espíritu.

Quizá sea necesario contemplar y trabajar pastoralmente para que todo este recorrido sea ofrecido como un proceso que no finaliza con la recepción de cada sacramento. Para ello, se precisa vivir la vida como vocación (*Cristo vive*, caps. 8º y 9º), desde su discernimiento (*Cristo vive*, 242-247), alentando el acompañamiento vocacional y global (*Evangelii Gaudium*, 169) en clave misionera (*Evangelii Gaudium*, 173). E ir recreando una Iglesia-madre: «*la Iglesia es ‘mujer’ porque es madre, porque es capaz de ‘dar a luz hijos’: su alma es femenina porque es madre, es capaz de dar a luz actitudes de fecundidad ... una Iglesia que es madre va por el camino de la ternura; conoce el lenguaje de tanta sabiduría de las caricias, del silencio, de la mirada que sabe de compasión, que sabe de silencio ... Dejemos que el Espíritu Santo nos fecunde, a nosotros y a la Iglesia, para convertirnos también nosotros en madres de los otros, con actitud de ternura, de mansedumbre, de humildad. Seguros de que este es el camino de María»* (Homilía del papa Francisco en Santa Marta, 28/05/2018).

Una Iglesia de piedras vivas desde la diversidad existencial

La vida eclesial progresa desde los diversos modos de existencia cristiana a partir de la igualdad bautismal y en servicio mutuo y corresponsable donde todos nos sentimos **auténticas piedras vivas**, donde cada bautizado es reconocido y valorado por su nombre concreto. La celebración del VIII Centenario de la Catedral ha de ayudarnos, con sus diversos actos, en esta perspectiva.

Hemos de ir generando en nuestra iglesia de Burgos un estilo que supere el clericalismo, la inhibición de los laicos o el neoclericalismo que pretende asumir por parte de algunos laicos los defectos del propio clericalismo. El papa Francisco nos viene insistiendo constantemente en ello. En particular, podemos reflexionar sobre la Carta que enviaba al cardenal Ouellet (19/03/2016): «*Mirar al Pueblo de Dios, es recordar que todos ingresamos a la Iglesia como laicos. El primer sacramento, el*

que sella para siempre nuestra identidad y del que tendríamos que estar siempre orgullosos es el del bautismo. Por él y con la unción del Espíritu Santo, (los fieles) quedan consagrados como casa espiritual y sacerdocio santo (LG 10)».

Y nos advierte **frente al clericalismo**: *«Esta actitud no sólo anula la personalidad de los cristianos, sino que tiene una tendencia a disminuir y desvalorizar la gracia bautismal que el Espíritu Santo puso en el corazón de nuestra gente. El clericalismo lleva a la funcionalización del laicado; tratándolo como “mandaderos”, coarta las distintas iniciativas, esfuerzos y hasta me animo a decir, osadías necesarias para poder llevar la Buena Nueva del Evangelio a todos los ámbitos del quehacer social y especialmente político ... El clericalismo se olvida que la visibilidad y la sacramentalidad de la Iglesia pertenece a todo el Pueblo de Dios».*

Al ser **discípulos misioneros** *«en virtud del Bautismo ... cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador. Y sería inadecuado pensar en un esquema de evangelización llevado adelante por actores calificados donde el resto del pueblo fiel sea solo receptivo de sus acciones. La nueva evangelización debe implicar un nuevo protagonismo de cada uno de los bautizados» (Evangelii Gaudium, 120).* En esta tarea pueden ayudarnos, desde lo que vivieron, escucharon y reflexionaron, los participantes diocesanos en el Congreso Nacional de Laicos, recién celebrado en Madrid.

Por ello es necesario potenciar la vocación de **los bautizados laicos**: *«Los laicos son simplemente la inmensa mayoría del Pueblo de Dios. A su servicio está la minoría de los ministros ordenados. Ha crecido la conciencia de la identidad y la misión del laico en la Iglesia. Se cuenta con un numeroso laicado, aunque no suficiente, con arraigado sentido de comunidad y una gran fidelidad en el compromiso de la caridad, la catequesis, la celebración de la fe» (Evangelii Gaudium, 102).*

Ahora bien, *«la toma de conciencia de esta responsabilidad laical que nace del Bautismo y de la Confirmación no se manifiesta de la misma manera en todas partes. En algunos casos porque no se formaron para asumir responsabilidades importantes, en otros por no encontrar espacio en sus Iglesias particulares para poder expresarse y actuar, a raíz de un excesivo clericalismo que los mantiene al margen de las decisiones. Si bien*

se percibe una mayor participación de muchos en los ministerios laicales, este compromiso no se refleja en la penetración de los valores cristianos en el mundo social, político y económico. Se limita muchas veces a las tareas intraeclesiales sin un compromiso real por la aplicación del Evangelio a la transformación de la sociedad. La formación de laicos y la evangelización de los grupos profesionales e intelectuales constituyen un desafío pastoral importante” (Evangelii Gaudium, 102). Así como hacer crecer una cultura vocacional en nuestra Iglesia que despierte en nosotros los dones, carismas y nos haga descubrir dónde tenemos que desarrollar nuestro servicio en el mundo.

Resulta urgente valorar y potenciar más la dignidad y misión de **las mujeres** en la sociedad y en la Iglesia. Como Iglesia, hemos de reconocer “el indispensable aporte de la mujer en la sociedad”. E igualmente, el hecho de que muchas de ellas *«comparten responsabilidades pastorales junto con los sacerdotes, contribuyen al acompañamiento de personas, de familias o de grupos y brindan nuevos aportes a la reflexión teológica»*. Pero estamos llamados a descubrir que *«todavía es necesario ampliar los espacios para una presencia femenina más incisiva en la Iglesia» (Evangelii Gaudium, 103).*

Agradecemos a Dios la amplia y entregada presencia de **la vida consagrada** (religiosos y religiosas) en sus múltiples manifestaciones, tanto de vida activa como contemplativa, en nuestra Iglesia diocesana. Sus carismas son un regalo que Dios nos hace para llevar adelante la vida y misión de nuestra Iglesia de Burgos. Siendo fieles a su carisma específico, nos gustaría que se sintieran acogidos y protagonistas en esta iglesia local. Su vida con carácter profético, su radicalidad y contemplación, su voluntad de comunión, su sentirse Iglesia y su cercanía a las periferias estimula y ayuda nuestra evangelización.

Igualmente valoramos y necesitamos los diversos **ministros ordenados** en constante conversión pastoral y misionera. Reconocemos la necesidad de los diáconos, no sólo a los que caminan hacia el presbiterado sino también a los permanentes, para que siempre nos recuerden que el camino de la Iglesia es el servicio. Compartimos, junto al agradecimiento por su entrega, la invitación que el papa Francisco hace a los presbíteros para que ejerzan su ministerio con “olor a oveja”, acompañando, fructificando y festejando en medio de la comunidad

(*Evangelii Gaudium*, 24). Y también valoramos que el obispo sea un ministro de “comunidad misionera”, y que camine unas veces delante, otras en medio y a veces detrás de nuestra comunidad diocesana (cf. *Evangelii Gaudium*, 31).

3.5. La iglesia local, sujeto prioritario del ser/actuar evangelizador

La Iglesia no existe en abstracto sino *en lo concreto, en una comunidad de personas* que viven y se reúnen en un lugar. En el Nuevo Testamento vemos que san Pablo escribía sus cartas a la Iglesia de Jesucristo en Corinto, en Filipos, en Tesalónica... También nosotros debemos hablar por eso de la iglesia (que peregrina, que camina) en Burgos.

La Iglesia diocesana son *las personas cristianas que viven en un territorio* determinado, como realidad viva y dinámica, enraizada en su contexto social y cultural, con su tradición, lenguaje, símbolos y sensibilidades. Seducidas por el Evangelio, convertidas, siguiendo las huellas de Jesucristo, se saben *protagonistas del plan de salvación de Dios*. Reciben y acogen los carismas del Espíritu y expresan su fraternidad en la celebración de la eucaristía; allí especialmente se descubren como asamblea y familia de Dios.

El ministerio del obispo forma parte de su identidad, pues garantiza la apostolicidad de la fe celebrada, la apertura a otras iglesias y la unidad en el seno de la propia comunidad. Éste, *«suscitando, promoviendo, dirigiendo la obra misionera en su diócesis, con la que forma una sola cosa, hace presente y casi visible el ardor misionero del Pueblo de Dios, de modo que toda diócesis se convierta en misionera»* (*Ad Gentes*, 38).

La importancia de la iglesia local o particular es resaltada por el papa Francisco:

«Cada Iglesia particular, porción de la Iglesia católica bajo la guía del Obispo, también está llamada a la conversión misionera. Ella es sujeto prioritario de la evangelización, ya que es la manifestación de la única Iglesia en un lugar del mundo, y en ella ‘verdaderamente está y obra la Iglesia de Cristo, que es Una, Santa, Católica y Apostólica’ (ChD 11). Es la Iglesia encarnada en un espacio determinado, provista de todos los medios de salvación dados por Cristo, pero con un rostro

local» (Evangelii Gaudium, 30). Por eso «en orden a que este impulso misionero sea cada vez más intenso, generoso y fecundo, exhorto también a cada Iglesia particular a entrar en un proceso decidido de discernimiento, purificación y reforma» (Evangelii Gaudium, 30).

La parroquia, la Iglesia entre las casas de los hombres

La iglesia local o diócesis hace presente el misterio de la Iglesia en un lugar, en un grupo humano, a nivel de ciudad o de provincia. Las parroquias, en cuanto comunidades cristianas, hacen presente la diócesis en un ámbito más pequeño; por eso son «*células de la diócesis*» (*Apostolicam Actuositatem*, 10): en ellas existe la iglesia local y ésta recibe vida de ellas.

El Papa subraya que en las parroquias se hace más cercana a las personas: es «*la misma Iglesia que vive entre las casas de sus hijos e hijas. Esto supone que realmente esté en contacto con los hogares y con la vida del pueblo, y no se convierta en una prolija estructura separada de la gente o en un grupo de selectos que se miran a sí mismos. La parroquia es presencia eclesial en el territorio, ámbito de la escucha de la Palabra, del crecimiento de la vida cristiana, del diálogo, del anuncio, de la caridad generosa, de la adoración y la celebración. A través de todas sus actividades, la parroquia alienta y forma a sus miembros para que sean agentes de evangelización*» (*Evangelii Gaudium*, 28).

Ciertamente, la parroquia, aunque adquiere muchas modalidades (y más en nuestra diócesis por la multitud de ellas y sus diferencias), ha de acoger «*la llamada a la revisión y la renovación ... en orden a que estén todavía más cerca de la gente, que sean ámbitos de viva comunión y participación, y se orienten completamente a la misión*» (*Evangelii Gaudium*, 28). Y, a su nivel, lo mismo cabe decir de las unidades pastorales y de los arciprestazgos.

La riqueza de las pequeñas comunidades, movimientos, asociaciones

En el desarrollo eclesial existen pequeñas comunidades, movimientos y asociaciones que enriquecen la vida creyente. Éstas son «*una riqueza de la Iglesia que el Espíritu suscita para evangelizar todos los ambientes y sectores. Muchas veces aportan un nuevo fervor evangelizador y una capacidad de diálogo con el mundo que renuevan a la Iglesia*» (*Evangelii Gaudium*, 29).

Frente al déficit comunitario esta múltiple riqueza asociativa puede ayudar a muchos creyentes, como nos recuerda el papa Francisco en *Alegraos y regocijaos* (cf. 140-46), a avanzar en un camino comunitario de santidad, la mayoría de las veces a través de múltiples y pequeños detalles que generan la alegría de vivir desde la “mística del nosotros” como Iglesia.

Ahora bien, es importante la llamada de atención que el Papa hace: *«es muy sano que no pierdan el contacto con esa realidad tan rica de la parroquia del lugar, y que se integren gustosamente en la pastoral orgánica de la Iglesia particular. Esta integración evitará que se queden sólo con una parte del Evangelio y de la Iglesia, o que se conviertan en nómadas sin raíces»* (*Evangelii Gaudium*, 29).

► **Preguntas para el diálogo:**

A partir de estas realidades que se han ido presentando (una Iglesia de bautizados como iglesia diocesana/local), ¿qué entorpece y qué ayuda a vivir nuestro ser Iglesia?

4

ABRIENDO CAMINOS



Tras lo presentado ahora hemos de dirigir nuestra mirada más especialmente hacia el futuro, intentando abrir caminos en nuestras vidas y descubriendo qué nos pide el Espíritu como iglesia diocesana en vistas a la misión.

4.1. Edificar una Iglesia desde los carismas y ministerios

Todos los cristianos en el bautismo recibimos unos dones especiales llamados **carismas**. En el Nuevo Testamento, aparecen en muchas ocasiones (cf. 1 Cor 12, 8-10; Ef 4, 11...). Pero, ¿qué son los carismas? El papa Francisco nos los presenta en una *Catequesis* (6/11/2013): «Los 'carismas' son los regalos que nos hace el Espíritu Santo: uno tiene el regalo de ser así, o esta habilidad o esa posibilidad ... Son los regalos que da, pero no nos los da para que se oculten: nos da estos regalos para participarlos a los demás. No son en beneficio de los que los reciben, sino para la utilidad del pueblo de Dios ... Los carismas son gracias especiales, dadas a algunos para hacer el bien a otros ... En particular, estos dones espirituales benefician a la santidad de la Iglesia y su misión».

Los carismas son un dato universal en la experiencia cristiana personal y comunitaria; pueden ser extraordinarios, pero de modo mayoritario se trata de dones normales y sencillos (como resalta el concilio Vaticano en *Lumen Gentium*, 12). Es muy significativo que Pablo resalte el de la caridad (1 Cor 13). En último término, cada uno hemos de poner nuestros carismas al servicio de la evangelización.

Los carismas deben ser un servicio eclesial, que a veces se convierten en **ministerios eclesiales**, a los que se entregan personas generosas para atender las diversas tareas pastorales. Entre ellos están los ministerios ordenados (obispos, presbíteros, diáconos). La mayoría sin embargo son ministerios laicales "o servicios a la comunidad".

Ya la exhortación *Evangelii Nuntiandi* (1975) señalaba entre éstos últimos: «catequistas, animadores de la oración y del canto, cristianos consagrados al servicio de la Palabra de Dios o a la asistencia de los

hermanos necesitados, jefes de pequeñas comunidades, responsables de movimientos apostólicos» (Evangelii Nuntiandi, 73). Cuando se trata de tareas o funciones relevantes para la vida comunitaria o para la tarea evangelizadora sería conveniente que fueran reconocidos y otorgados públicamente en una celebración litúrgica.

4.2. La articulación de los organismos diocesanos para la renovación misionera

Lo que venimos reflexionando necesita plasmarse a nivel diocesano desde un continuo proceso de conversión pastoral y misionera a todos los niveles: *«Espero que todas las comunidades procuren poner los medios necesarios para avanzar en el camino de una conversión pastoral y misionera que no puede dejar las cosas como están. Ya no nos sirve una 'simple administración'. Constituyámonos en todas las regiones de la tierra en un 'estado permanente de misión'» (Evangelii Gaudium, 25). Pensemos, por ejemplo, en la curia, las delegaciones, los arciprestazgos...*

Esta Asamblea Diocesana puede ser un momento de gracia (kairós) para hacer nuestro el anhelo del Papa: *«Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación».*

Y continúa: *«La reforma de las estructuras que exige la conversión pastoral sólo puede entenderse en este sentido: procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras, que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, y coloque a los agentes de pastoral en constante actitud de salida y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad» (Evangelii Gaudium, 27).*

4.3. Actitudes y claves para ser Iglesia en misión hoy y aquí

De forma breve presentamos algunas actitudes y claves que han de acompañar la conversión personal, comunitaria y pastoral en el desarrollo de una Iglesia de bautizados, que se deja reconciliar y se reconcilia sacramentalmente, situada en este momento histórico y que quiere renovarse a la luz del Evangelio para ser sacramento universal de salvación.

a) Hemos de potenciar una **espiritualidad de comunión**. La comunión, antes que nada, es la vida íntima de amor entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Esa vida nueva se nos regala en el bautismo y la confirmación y la alimentamos en la eucaristía, el “sacramento de la comunión”. Ahora bien, el don recibido de la comunión es para compartirlo. Hemos de dar una gran importancia al hecho de vivir la fe desde esta experiencia comunitaria sabiendo que lo que a mí me falta, lo tienen los otros. Es lo que el papa Francisco llama la “mística del nosotros”: la necesidad de buscar la fraternidad, el intercambio mutuo, el acompañamiento, el hacer de nuestra fe una comunicación de que nuestro Dios, como decían los primeros creyentes, es “uno, pero no solitario”: un único Dios que es Trinidad de personas, vida y amor para todos.

Por ello, aunque exista una gran diversidad de personas donde cada cual es único, el cultivo de la espiritualidad de comunión para la misión ha de llevarnos a ir edificando una Iglesia de iguales, donde los últimos a los ojos del mundo sean los primeros en la fraternidad eclesial.

b) Junto a ello, hemos de activar cada día más el don y la tarea de **la sinodalidad para la misión**. El papa Francisco, siguiendo la estela de sus predecesores, ha dicho: «*el camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio*», porque el carácter sinodal es «*dimensión constitutiva de la Iglesia*». Ello debe manifestarse en la vida concreta, sobre todo en el discernimiento que prepara la toma de decisiones. La comunión y la misión han de realizarse de modo sinodal. Ahí está lo que Dios pide: que todos caminemos juntos.

Aun reconociendo que no es fácil ponerlo en práctica, sin embargo, este es uno de nuestros grandes retos desde la generación de un estilo participativo, corresponsable, sinodal que vaya mostrándose efectivamente en los diversos consejos pastorales y en este momento extraordinario de Asamblea Diocesana. Ello nos ayudará, bajo la inspiración del Espíritu, a un mayor y equilibrado reparto de tareas en vistas a tomar entre todos las decisiones de nuestro ámbito eclesial de cara a hacer nuestra iglesia de Burgos más misionera.

c) En tercer lugar, sentirnos y recrear una iglesia diocesana que **celebra el gozo de la fe**. El encuentro con Jesucristo como miembros de su Iglesia no es para ideologizar ni para realizar actos del pasado. La Iglesia (las personas que la formamos) necesita celebrar la salvación aquí y ahora,

una salvación que se actualiza en favor del mundo en los diversos sacramentos y la piedad popular con sus devociones evangélicas; pero donde la eucaristía es “fuente y cumbre” de toda la evangelización.

De modo primordial la Pascua del Resucitado se renueva sacramentalmente, en especial, el domingo, día del Señor, cuando toda la comunidad es convocada por el Espíritu a celebrar las maravillas de Dios. Ello nos ha de llevar a significar que es asamblea ministerial reunida en un lugar para alimentarse de la mesa de la Palabra y del cuerpo de Cristo eucaristizado. Al final, somos enviados en misión para celebrar existencialmente sobre el altar del mundo, con sus alegrías y sus penas, y del pobre cercano y lejano. El encuentro y la adoración personal y comunitaria del Santísimo puede ayudarnos en estos procesos de discernimiento y misión.

d) Finalmente, hemos de sentirnos Iglesia en **salida misionera de todo el Pueblo de Dios** (*Evangelii Gaudium*, 120s.). Para ello, en expresión del Papa, hemos de primerear (porque Dios nos amó el primero), involucrarnos en la vida de las personas, acompañar las personas, fructificar el Evangelio y festejar nuestros logros (cf. *Evangelii Gaudium*, 24). Somos un gozoso fermento y una luz en medio de nuestro mundo de hoy que ha de ser gozosa levadura y esperanzado resplandor en lo cotidiano de la vida.

No hemos de olvidar que estamos llamados a ir edificando una Iglesia «pobre para los pobres» (*Evangelii Gaudium*, 198). Ante la realidad de los pobres y de tantas formas de pobreza, las comunidades eclesiales deben desarrollar con más claridad y fuerza la dimensión profética del Evangelio. De ello se ocupará más detenidamente el Cuaderno 3.

La vida eclesial ha de tener siempre *una dimensión mariana*. Porque María nos ofreció un modelo de creyente y de discípula, estuvo presente junto a los apóstoles que salían del cenáculo a partir de Pentecostés, y desde su condición glorificada sigue acompañando a sus hijos. A ella la seguimos implorando: “Ven y camina con nosotros en esta Asamblea para que resuene siempre la Buena Noticia de Jesús”.

► Preguntas para el diálogo y para hacer propuestas:

1. ¿Qué actitudes y comportamientos deberíamos cambiar, mejorar o introducir en nuestra iglesia de Burgos para que sean más misioneras nuestras comunidades?
2. ¿Qué organismos y/o estructuras consideras que podrían ser cambiadas o mejoradas?
3. ¿Qué carismas deberían ser más reconocidos en nuestra iglesia y qué servicios y ministerios podrían ser creados?

ANEXOS

En la página web www.archiburgos.es/asamblea podéis encontrar los materiales vinculados a este cuaderno nº 2: texto completo, dinámicas de trabajo para jóvenes y algunos materiales de apoyo.

Aquí indicamos otros recursos que pueden ser utilizados durante la reunión o en el trabajo personal.



Canciones (fácilmente accesibles en You Tube)

Amanecer: “Siendo pan” www.youtube.com/watch?v=lzB7X5P5y1o

Ixcis: “Sigue habiendo” www.youtube.com/watch?v=AYaJAd6jv2k

«Doy gracias a Dios cada vez que os recuerdo; siempre que rezo por vosotros lo hago con gran alegría. Porque habéis sido colaboradores míos en la obra del Evangelio, desde el primer día hasta hoy» (Flp. 1, 3-5)

¿Diría esto San Pablo hoy de nuestra iglesia de Burgos?



ÍNDICE

1. Para situarnos_____	1
2. Desde la experiencia_____	3
3. La mirada evangélica_____	6
4. Abriendo caminos_____	17
Anexos_____	21